

UN CUADERNO AZUL

Autor: M^a Carmen Jaime Santamaría

PRIMER PREMIO RELATOS LIBRES 2011 (TOLEDO)

Julia se levantó temprano como era su costumbre. La adquirió en su época de colegio hacía ya de eso muchos años, pero el hábito no dejó de acompañarla durante toda su vida. Ni siquiera ahora que, ya jubilada, podía quedarse en la cama cuanto tiempo quisiera, era incapaz de levantarse más tarde de las 8 de la mañana.

La terraza del apartamento de la playa presentaba un aspecto deprimente. La noche anterior se habían reunido un grupo de amigos para dar por terminado el verano. La velada se prolongó hasta bien entrada la madrugada y las copas semivacías, los ceniceros repletos de colillas, restos de cacahuètes, pistachos y almendras campaban a sus anchas entre las mesas y el suelo.

Lo tenía que haber recogido ayer —se dijo— pero estaba tan cansada...

Cargó la cafetera y se puso manos a la obra.

Pronto estuvo todo en orden y se sentó a tomarse su primer café mañanero, el último de ese verano que terminaba. El equipaje estaba preparado en su habitación. Por la tarde emprenderían viaje hasta la ciudad donde sus nietos los esperaban desde hacía 15 días. Tenía ganas de verlos y darles mimos y achuchones.

Darí un último paseo por la playa. Se puso un pantalón corto y unas playeras, las gafas de sol y un sombrero y salió de casa. Su marido había salido temprano a su partida de golf y no volvería hasta la hora de comer.

Bajó hacia el puerto y cruzó por delante del restaurante La Escollera, vacío a esa hora de la mañana. Reservó mesa y cruzó, más bien saltó, el murete que separaba el paseo de la playa. Los responsables del Puerto les habían hecho una jugarreta a los veraneantes levantando ese muro, por seguridad, pero el caso es que había que hacer malabarismos para acceder a la playa.

Cuando llegó a la arena notó el fresco viento de levante en su cara. El mar estaba en calma, y por su orilla paseantes como ella daban su adiós al verano. Hacía solo unos días la playa estaba llena de gentes despreocupadas, niños felices jugando en la arena y cuerpos tumbados al sol apurando sus

rayos. Hoy los niños habían desaparecido en pos de sus padres y todos habían vuelto a la rutina interrumpida por los días de descanso.

Su intención era llegar hasta el centro comercial por la playa y dar la vuelta. Eso le llevaría unas dos horas. Pero al llegar al chiringuito amarillo y ver gente sentada tomando café, le apeteció hacer lo mismo y decidió hacer un alto en el paseo.

Le supo a gloria bendita y fumó un cigarrillo.

Pensó que el mar estaba precioso; parecía que miles de candelitas se habían encendido en su superficie efecto de sol que lo bañaba sin descanso. Su mirada iba del mar al cielo y se encontró a gusto, se sintió viva y dio gracias a Dios por estarlo.

De repente algo llamó su atención. De una papelerera cercana, llena hasta los bordes, sobresalía algo que no era habitual. No eran las botellas de agua, ni de refresco, ni restos de comida de los bañistas. Se acercó y lo que vio le dejó un poco perpleja. Un cuaderno de pastas azul marino con apariencia de hule estaba tirado en la papelerera sobresaliendo de todo lo demás. Hacía mucho tiempo que no veía un cuaderno así. No tenía espiral; dos grapas mantenían unidas sus hojas.

Estaba un poco doblado y los bordes de sus hojas se curvaban hacia fuera. Estaba sucio y ajado, pero no resistió la tentación de cogerlo.

Se sentó de nuevo sin atreverse a abrirlo.

Limpió las pastas de hule con una servilleta de papel y después de unos segundos de indecisión lo abrió por el centro. Estaba escrito con una letra picuda y fácilmente legible, pero lo hojeó primero pasando sus páginas rápidamente. Le pareció que estaba profanando algo que no le pertenecía; pero por otro lado estaba tirado en la basura a disposición de cualquiera que quisiera cogerlo.

Se decidió por fin y empezó por el principio.

Sus ojos iban desentrañando aquellas palabras que alguien había escrito. Eran hermosas, sencillas y llenas de ternura. Prosa y verso libre se entremezclaban sin orden aparente pero el resultado era de una belleza asombrosa. No pudo levantarse de la silla hasta que hubo terminado de leer todo el cuaderno.

¿Quién ha escrito esto? —se dijo— y sobre todo ¿cómo había llegado hasta allí, a un cubo de basura?

Tanta belleza en unas pocas páginas para terminar como un desperdicio...

Pidió otro café pues no tenía interés ninguno en continuar su paseo.

No había ninguna dirección, ningún nombre, nada que pudiera identificar el autor de palabras unidas en frases tan bellas.

Volvió a pasar las páginas deteniéndose en cada una de ellas buscando algo que le pudiera dar una pista. Ya había concluido cuando observó que la pasta azul y la última página estaban pegadas por sus bordes. Las separó con cuidado para no romperlas y allí encontró lo que buscaba; un ex libris con un nombre. Úrsula Haza. Hurgó impaciente entre las dos páginas pegadas por si hubiera alguna dirección pero no había nada más.

Emprendió el camino a casa después de leer varias veces el contenido del cuaderno. Cada vez que volvía a sus páginas le parecía más bello, más entrañable y sincero. Se prometió a sí misma que haría lo posible por encontrar a la autora de ese regalo inesperado.

Al llegar a casa le comentó a su marido lo ocurrido.

—Buscaremos en Internet —le dijo— es la única opción que se me ocurre.

Así lo hicieron. Julia se retorció las manos de impaciencia mientras él tecleaba Úrsula Haza.

Hubo suerte; una Úrsula Haza aparecía como matrona de un hospital en Zaragoza. Pero la referencia era de hacía 6 años. Julia pensó que era un buen principio. Seguiría la estela y seguro que llegaba a buen puerto.

Durante la comida en La Escollera no dejaron de hablar del asunto. Tejieron un plan y se prepararon para al llegar a la ciudad poner manos a la obra.

Llamaron al hospital donde les dijeron que efectivamente Úrsula Haza había trabajado allí como matrona pero que se había jubilado hacía 6 años.

No, no podían facilitarles su dirección lo sentían mucho.

Miraron entonces en las páginas blancas y allí estaba; una dirección de Zaragoza y un nº de teléfono.

Julia llamó y preguntó por Úrsula Haza; una voz de mujer le contestó que la señora ya no vivía allí, ella era su inquilina desde hacía un año.

—Sí, se dónde vive ahora —le dijo— en un pueblecito del pirineo Aragonés; Bielsa.

Le dio las gracias por su información y transmitió a su marido el deseo de ir hasta allí para verla.

Al día siguiente emprendió viaje en AVE hasta Zaragoza, y después un par de autobuses bastante cómodos la dejaron en Bielsa, su destino.

El pueblo era de una gran belleza que la cautivó desde el primer momento. Soplaban un vientecillo agradable y un poco fresco a causa de los primeros fríos de otoño.

Bielsa, rodeada de una barrera natural de montañas, parecía estar —en cierto modo— prisionera de ese medio natural, de las montañas.

Buscó una casa rural encantadora para pasar la noche y esperó impaciente el amanecer.

Temprano, siguiendo su costumbre, se dirigió al Ayuntamiento donde le dieron la dirección de Úrsula.

Por un sendero estrecho con hileras de hayas a ambos lados se accedía a una casa de piedra no demasiado grande. Un gran balcón central lleno de flores de lo más variopinto daba la bienvenida al traspasar la puerta de madera de dos hojas —antigua pero bien conservada— que estaba situada debajo.

Dos ventanas con cortinas de encaje recogidas, completaban la fachada.

A su llamada acudió una mujer de mediana edad secándose las manos con el delantal. Le explicó quién era y que deseaba ver Úrsula Haza.

—Espere un momento —le dijo y desapareció, no sin antes franquearle la entrada a la casa.

Pasados unos minutos por la escalera situada en un lateral de del vestíbulo bajó una enfermera perfectamente uniformada.

Julia le explicó el motivo de su visita detalladamente y cuando terminó la enfermera amablemente la invitó a subir.

Una habitación espaciosa, soleada y perfectamente ordenada le dio la bienvenida.

Sentada en una silla de ruedas frente a la ventana de cortinas de encaje, una mujer de cabellos blancos peinados con esmero permanecía quieta con sus ojos fijos en la montaña que se divisaba tras los cristales.

—Doña Úrsula, han venido a verla —dijo la enfermera.

Julia se puso frente a ella y observó una cara todavía joven pero que miraba sin ver.

—Tiene Alzheimer —dijo la enfermera—. Vive en esta casa desde hace dos años cuando la enfermedad le impidió seguir viviendo sola en Zaragoza. No tiene familia y somos tres para cuidarla. Dos enfermeras y la cocinera que

hace las tareas de la casa, también el jardinero que cuida del pequeño jardín trasero y de las flores del balcón.

Julia se dio cuenta de la esmerada decoración, de los jarrones con flores frescas, de la cama immaculada y formuló una pregunta de la que sin terminar ya se arrepintió de haberla hecho.

—¿Quién paga todo esto?

—Su desgracia, por horrible que parezca —contestó la enfermera.

Julia escuchó entonces como Úrsula había perdido a su marido y a sus dos hijos en los atentados del 11-M. Estaban en Madrid por negocios y viajaban en uno de los trenes. Desde entonces la depresión se apoderó de ella y cuando por fin salió, la enfermedad tomó el relevo. Ella se dio cuenta de los primeros síntomas y tomó las medidas necesarias para cuando no pudiera hacerlo.

Contrató a un abogado, compró la casa e hizo testamento y dispuso su traslado a Bielsa para cuando la enfermedad estuviera tan avanzada que sus decisiones no fueran las correctas. Las indemnizaciones por los asesinatos de su marido e hijos pagaban su vejez y enfermedad.

La enfermera se dirigió entonces a una vitrina y la abrió mientras decía:

—Aquí tiene cuadernos como el que ha encontrado en la playa, ella misma ordenó en que sitio debían ir.

Julia se acercó y pasó la mano por ellos. Eran efectivamente iguales al que ella tenía. Contó 63.

Cogió uno y preguntó:

—¿Puedo?

—Naturalmente —contestó la enfermera— a ella le hubiera gustado que lo hiciera. Eran su tesoro más preciado.

Leyó un poco de cada uno de los que cogió y tuvo la misma sensación que el día de su paseo por la playa. Cada párrafo, cada estrofa, cada descripción de paisajes y hechos cotidianos contenían una sensibilidad que solo las mentes privilegiadas poseían. La alegría y el dolor se entremezclaban para convertir los escritos de Úrsula Haza en un tesoro que no merecía estar escondido en la vitrina de una casa en el Pirineo.

Salió de allí con una idea en la cabeza que puso en marcha al llegar a la casa rural. Llamó al abogado de Úrsula y concertó con él una cita en Zaragoza. La recibió al día siguiente y le contó todo lo referente al cuaderno, su visita a Úrsula y por fin se decidió a proponerle su idea.

—Quisiera que se publicaran. Merece la pena que los amantes de la buena lectura conozcan estos manuscritos.

—No puede sacarlos de allí —le contestó el abogado—. Doña Úrsula lo dejó muy claro en su testamento. Nada saldría de la casa hasta que ella muriera.

Julia se quedó pensativa unos momentos.

—Podría escanearlos y luego transcribirlos yo misma en un ordenador... los cuadernos no saldrían de la casa y yo tendría posibilidad de enviarlos a las editoriales.

—Siendo así... dígame cuando quiere hacerlo y le mandaré un notario que levante acta de lo que usted va a hacer.

—Mañana mismo —contestó Julia.

Dos días después volvía a su ciudad con una cartera llena de las transcripciones de los cuadernos azules. Los había leído en su totalidad y en ellos estaba contenida toda una vida de experiencias, de amores, de viajes, de dolor inmenso, de alegrías, de sentimientos, de impotencia ante la enfermedad que ella sentía acercarse implacable, y también de su entereza para afrontarla.

La admiración de Julia ante los escritos de aquella mujer admirable creció mientras buceaba en sus cuadernos. Encontró también la explicación del que fue abandonado en la playa.

Úrsula había viajado al sur en busca de sol y mar cuando diagnosticaron su enfermedad. En la playa en la que pasaba sus veranos Julia, encontró la paz que necesitaba para afrontar la angustia que sentía al saber que sus facultades pronto estarían mermadas. Ya no podría escribir y esto le hacía sentir un inmenso dolor.

Quizá alguna vez nos hemos visto sin saber que nuestras vidas se iban a cruzar por casualidad —pensó Julia mientras leía las experiencias de Úrsula en aquel lugar del sur de España.

Una mañana la autora de los cuadernos decidió abandonar uno de ellos en un banco del paseo marítimo como si de un *book crossing* se tratara. Quizá pensó en compartir con alguien su vida que poco a poco ya no sería suya.

Julia se alegró de que Úrsula nunca supiera su destino, hasta que ella lo encontró.

Comenzó entonces la tarea de enviarlos a las editoriales. A todas les adjuntaba la historia de Úrsula, y la forma en que los cuadernos habían llegado

a su poder. Con las cinco primeras no hubo suerte. Usaron las mismas palabras literalmente: actualmente no estamos interesados en este tipo de escritura.

Por fin un día recibió lo que esperaba con ansiedad y casi con desesperanza. Estaban interesados.

Julia se puso en contacto con el abogado y le dijo que a partir de aquel momento él se encargaría de los contactos con la editorial. Su misión había concluido. Los cuadernos de Úrsula Haza verían la luz y todo el que quisiera podría disfrutar con su lectura.

Pasó el invierno y recién comenzada la primavera, con el azahar explotando en los naranjos, Julia recibió un paquete. Allí estaba el libro. Sencillo, de pastas blandas de color azul marino y con su título en grandes letras:

LOS CUADERNOS AZULES DE ÚRSULA

Sintió que la alegría desbordaba su corazón. Tenía que ir a Bielsa a entregárselo a su autora.

Cuando llegó la encontró en la misma posición que la primera vez. Sentada de frente al gran ventanal, mirando sin ver la montaña.

Le entregó el libro y Úrsula volvió un segundo la cabeza. Julia creyó ver en sus ojos un atisbo de brillo, como si entendiera lo que estaba sucediendo.

Sujetó el libro entre sus manos y volvió a su posición.

Julia salió de la casa y antes de tomar el sendero de hayas miró hacia atrás por última vez.

Le pareció que una mano le decía adiós moviéndola levemente.

—Será la enfermera —pensó—, lo que estoy imaginando sería demasiado hermoso.

Al llegar de nuevo el verano Julia volvió a la playa. Los Cuadernos de Úrsula estaban en todas las librerías. Las críticas habían sido excelentes y se sentía satisfecha de su labor. Con un ejemplar en la mano se dirigió al paseo marítimo y en un banco solitario lo dejó.

Al volver de su paseo el libro había desaparecido.

Esta vez no terminará en la basura —se dijo— alguien que recoge un libro abandonado sabe de *book crossing*, es sensible, le gusta la lectura y lo volverá a dejar en un buen lugar para que alguien igual de amante de los libros lo encuentre.

Úrsula murió dos años después. Durante este tiempo Julia la visitó en numerosas ocasiones viendo como su vida se apagaba poco a poco.

El día que el abogado le comunicó su muerte fue por última vez a Bielsa. La enterraron mirando a las montañas, las mismas que la acompañaron en su lenta carrera hasta el final.

Dejó todo su patrimonio a la Asociación de Víctimas del Terrorismo.